

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

Un
loco

Guy de
Maupassant
(1850-1893)

UN LOCO

Guy de Maupassant

Murió de magistrado en el tribunal supremo. Había sido toda su vida un juez irreprochable. Lo citaban como un modelo y lo trataban con veneración.

Había empleado toda su existencia en perseguir a los criminales y proteger a los infelices. Los estafadores y los asesinos nunca tuvieron enemigo más terrible, porque parecía leer en el fondo de las almas los pensamientos más recónditos y descubrir con una sola mirada las más ocultas y misteriosas intenciones.

Murió a los ochenta y dos años, llorado y bendecido. Una muchedumbre lo acompañó hasta el cementerio, y sobre su tumba cayeron elogios y lágrimas.

Pero su notario halló en el escritorio, donde había guardado el difunto las pruebas de los más terribles delitos, un papel encabezado con estas palabras:

"¿Por qué?"

Y decía lo siguiente:



20 de junio de 1851

Salgo de la sesión; hemos condenado a muerte a Blondel. ¿Por qué había matado a sus cinco hijos ese hombre? ¿Por qué? Hállanse con gran frecuencia personas que sienten gusto en la destrucción. Sí, sí; debe ser agradable destruir; acaso es una verdadera voluptuosidad. Matar, ¿no es lo que se asemeja más a crear? Crear y destruir. Estas dos palabras encierran la historia del mundo, la historia del universo, la historia de todo lo existente, de todo lo pasado; en absoluto. ¿Por qué será un goce matar?

25 de junio

Pensar que un ser vive, se mueve, anda, corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Algo animado que lleva en sí la esencia del movimiento y una voluntad que regula este movimiento. No está sujeto a nada; no está ligado a nada. Sus pies no se arraigan en la tierra. Un ser es una semilla de vida lanzada no se sabe de dónde y que puede ser fácilmente destruida. No es nada. Se pudre; se acabó.



26 de junio

¿Por qué llamamos crimen al asesinato? Sí. ¿Por qué? Matar, destruir, es la ley de la naturaleza. Todo ser tiene la misión de matar. Mata para vivir y mata por matar. El asesinato es una condición de nuestro temperamento. Estamos obligados a matar. La bestia mata constantemente a cada momento, como el hombre mata sin cesar para alimentarse; pero como eso no le basta y necesita matar para divertirse, inventó la caza. El niño mata los insectos que puede coger, los pájaros, todos los animalitos que caen en sus manos. Pero esto no satisface aún la irresistible ansia de destrucción que sentimos. No es bastante para el hombre matar a la bestia: necesita también matar al hombre. Antiguamente las religiones hacían sacrificios humanos. Hoy nuestra sociedad evita el asesinato y lo llama crimen. Se condena y se castiga al asesino; pero como no podemos vivir sin satisfacer ese instinto natural, imperioso, de cuando en cuando lo satisfacemos con guerras, en las cuales un pueblo entero procura destruir a otro. Corre un río de sangre que no sólo embriaga y satisface a los ejércitos combatientes: hasta el ciudadano humilde, la mujer y los niños que leen el relato de las batallas y la lista de las víctimas que hubo, sienten la borrachera de la sangre.

Podría suponerse que se desprecia a los predestinados a realizar esas carnicerías de hombres. No. Se les colma de honores. Se les viste con paños de color llamativo y con galones dorados; llevan plumas en la cabeza y adornos en el pecho; se



les conceden cruces, recompensas y títulos de todo género. Son orgullosos, respetados, adorados por las mujeres, aclamados por la muchedumbre, sólo porque tienen la misión de verter sangre humana y arrastran por las aceras los instrumentos de muerte que los transeúntes vestidos de negro les envidian. Porque matar es la grandiosa ley que imprime la naturaleza en el corazón de todos los seres. No hay nada tan hermoso ni tan bueno como el asesinato.

30 de junio

Matar es la ley, porque la naturaleza busca la eterna juventud y parece gritar, en todos sus actos inconscientes:

"¡De prisa! ¡De prisa! ¡De prisa!"

Cuanto más destruye, más pronto se renueva.

2 de julio

El ser, ¿qué significa? Todo y nada. Por el pensamiento es un reflejo de todo. Por la memoria y la ciencia es un compendio del mundo cuya historia lleva en sí. Espejo de las cosas y espejo de las acciones, cada ser humano es un pequeño universo en el universo.

Pero viajad: observad las distintas razas y veréis que el hombre no es nada, nada, absolutamente nada. Embarcaos, alejaos de la orilla cubierta de muchedumbre y pronto no



divisaréis más que una línea de la costa. El ser imperceptible desaparece; tan pequeño es, tan insignificante.

Atravesad Europa en tren rápido y mirad por la ventanilla. Hombres, hombres en todas partes y siempre, hombres innumerables, desconocidos, que se agitan en los campos, que se codean en las calles; labriegos estúpidos que sólo saben remover la tierra; mujeres asquerosas que sólo saben disponer la comida del macho y procrear.

Id a la India, id a China y veréis aún agitarse millares de seres que nacen, viven y mueren sin dejar más rastro de su existencia que el que dejan las hormigas aplastadas en los caminos. Id al país de los negros albergados en cabañas de tierra, id al país de los árabes blancos, recogidos a la sombra de tiendas cuyos lienzos el aire agita, y comprenderéis que el ser aislado no es nada, nada. La raza lo es todo. ¿Qué significa un ser, un ser cualquiera de una tribu errante del desierto? La muerte no le inquieta. El hombre no significa nada. Mata o lo matan: es la guerra. Lo mismo se hacía en otros tiempos de castillo en castillo, de región en región.

Sí; atravesad el mundo para ver cómo se agitan los innumerables y desconocidos seres humanos. ¿Desconocidos? ¡Oh! Esta es la palabra del problema. Sí. Matar es un crimen, porque numeramos los seres. Cuando nacen, se les inscribe, se les da un nombre y se les bautiza. La ley se apodera de ellos. Eso es todo.



El ser que no está registrado en los libros de la ley no cuenta; podéis matarlo en el campo o en el desierto, en la montaña o en el llano; ¿qué importa? La naturaleza provoca la muerte; la naturaleza no castiga.

Lo único sagrado es el registro civil. Sólo el registro civil defiende al hombre. Un ser es sagrado cuando está inscrito en el registro civil. Respetad el registro civil, el Dios legal. ¡De rodillas!

El Estado puede matar porque puede modificar a su gusto el registro civil. Cuando sacrifica doscientos mil hombres en una guerra, los borra de su registro civil, suprimiéndolos de una plumada por la mano de sus escribientes. Todo acabó. Pero como nosotros no podemos tachar los libros del censo, hemos de respetar la vida. ¡Oh, estado civil, gloriosa divinidad que reinas en las oficinas: yo te saludo! Eres más fuerte que la naturaleza.

3 de julio

Resultará extraño y sabroso goce: matar, acercarse a un ser que vive y piensa, y abrirle una herida, una pequeña herida, para ver correr su roja sangre; y mientras la sangre corre, ver que su cuerpo languidece, que se transforma poco a poco en un montón de carne blanda, fría, inerte, sin acción y sin pensamiento.



5 de agosto

Si yo, que durante muchos años he juzgado, condenado y matado con una palabra; si yo, que hice matar con la guillotina a los que habían matado con un cuchillo, matase como los asesinos a quienes condenaba, ¿quién lo sabría?

10 de agosto

¿Quién lo sabría jamás? ¿Sospecharían de mí si eligiera como víctima a un ser que no tuviese ninguna relación conmigo, que yo no estuviera interesado en suprimir?

15 de agosto

¡Idea tentadora! Sí. La idea tentadora me roe, penetra en mí como un gusano en un tronco. Entra y avanza; recorre mi cuerpo y mi espíritu; llena mi pensamiento.

¡Matar! En mis ojos, que sienten el ansia de ver sangre, de producir agonía; en mis oídos, donde vibra una voz ignorada, horrible, desgarradora, como el último grito de un ser; en mis piernas, estremecidas por el deseo de avanzar hacia el sitio donde ha de ocurrir el suceso; en mis manos, que sienten como un cosquilleo la necesidad de herir; en todo lo que me alienta y me sostiene, hallo la misma idea, la misma palabra: matar. ¡Qué satisfacción tan grande, digna de un hombre libre, de un hombre superior que busca sensaciones refinadas!



22 de agosto

Ya no podía resistir más. He matado a un animalito para ensayarme, como prueba.

Juan, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada en la ventana de la cocina. Hice salir a Juan con un recado; cogí el pajarito y senti en mi mano el estremecimiento de su corazón. Estaba caliente. Subí a mi alcoba. De cuando en cuando lo oprimía; su corazón se agitaba; era bárbaro y delicioso aquello. Estuve a punto de ahogarlo, pero preferí ver la sangre.

Con unas tijeras de las uñas le corté la garganta. suavemente. Abrió el pico, hizo un esfuerzo para escapar, ¡oh, lo tenía bien seguro! Aunque se convirtiera de pronto en un perro rabioso, yo vertería su sangre. Sí, ¡es tan hermosa, tan roja, tan ardiente la sangre! Sentía deseos de beberla, y acerqué mis labios. Da gusto. ¡Pero un pajarillo tiene muy poca sangre!, ¡muy poca! El goce fue mucho más breve de lo que yo deseaba. Será delicioso ver correr toda la sangre de un toro.

Y luego hice como los asesinos, como los verdaderos asesinos: lavé las tijeras, me lavé las manos, fui a tirar el agua donde nadie pudiese ver su color, y bajé al jardín con el cuerpo de la víctima escondido, para enterrarlo en un frenal. Nadie lo encontrará. Comeré todos los días una fresa de las plantas próximas. ¡Cómo se goza de la vida cuando se sabe gozarla!



Mi criado se ha entristecido; supone que su jilguero escapó. Imposible que sospeche de mí.

25 de agosto

Es necesario que mate a una persona. Sí. Es necesario.

30 de agosto

Ya lo hice. La cosa es bien fácil.

Había ido a pasearme por el bosque de Vernes y no pensaba en nada. De pronto veo en el camino a un muchacho que saborea un pedazo de pan. Se detiene para saludarme, y surge un pensamiento en mí: "¿Y si lo matara?"

Me acerco más a él y le pregunto:

— ¿Quién está contigo?

Él me contesta:

— Nadie, señor presidente.

— ¿Viniste solo al bosque?

— Solo, señor presidente.



El deseo de matarlo me altera como una embriaguez. Me acerco más aún a mi víctima, temeroso de que huya. Lo agarro por el cuello, lo oprimó con toda mi fuerza. Él fija en mí sus ojos aterrados. ¡Qué ojos! Muy abiertos, redondos, profundos, terribles. Nunca sentí emoción tan brutal... Pero fue demasiado corta. Quiso librarse de mis manos con sus manos débiles; nada consiguió, y su cuerpo se retorció como una pluma en el fuego. Al fin, quedó inmóvil.

Mi corazón palpitaba con fuerza. ¡Oh! Acordéme del pajarillo. Escondí el cadáver entre unas matas.

Al volver a mi casa comí perfectamente; por la noche me sentí alegre, ligero, rejuvenecido; pasé la velada en la tertulia del prefecto y mi conversación fue amena y graciosa.

Pero no había visto correr la sangre.

31 de agosto

Han descubierto el cadáver. Buscan al asesino.

1° de septiembre

Han detenido a dos merodeadores. Faltan pruebas.



2 de septiembre

Los padres de mi víctima me han visitado. ¡Cómo lloran!

6 de octubre

Nada se ha podido comprobar. El crimen se atribuye a cualquier vagabundo. Si yo hubiese visto correr sangre, me sentiría mejor, más tranquilo.

10 de octubre

Circula por mis venas el ansia de matar. Esto es comparable a las ansias de amor que nos torturan cuando tenemos veinte años.

22 de octubre

Otro. He matado a otro. Iba yo, después de almorzar, por la orilla del río. Bajo un sauce dormía un pescador. En una huerta inmediata, muy a la mano, había un azadón. Lo cogí, lo alcé, le di impulso como si fuese una maza, y de un solo golpe abrí el cráneo del durmiente. ¡Oh! La sangre corría. He visto correr la sangre. Ya estoy seguro de ser un verdadero asesino.



25 de octubre

La muerte del pescador da que hablar. Acusan a un sobrino suyo, que pescaba con él.

26 de octubre

El juez de instrucción asegura que el sobrino es culpable. Todo el mundo lo cree.

27 de octubre

El sobrino de mi víctima se defiende mal. Dice que fue a la ciudad a comprar pan y queso. Jura que asesinaron a su tío en su ausencia. ¿Quién le creerá?

28 de octubre

El sobrino se turba de tal modo que poco más y confiesa. ¡Oh la justicia!

15 de noviembre

Resultan pruebas aterradoras contra el joven, que debía heredar a su tío. Yo presidiré el tribunal.



25 de enero

¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Ah! El fiscal habló como un ángel. Otra víctima. Iré a ver cómo le matan.

10 de marzo

Acabó. Lo han guillotinado esta mañana. Ya está muerto; bien muerto. Así me gusta. ¡Que agradable impresión produce ver cómo cortan la cabeza a un hombre! La sangre salta; un chorro de sangre salta. ¡Oh! ¡Si hubiera podido bañar mi cuerpo en aquella sangre hirviente! ¡Qué gozo recibirla sobre mi cabeza, en la cara, y quedar enrojecido, cubierto de sangre! ¡Sí esto se descubriera!...

Tendré paciencia para contenerme algún tiempo; hay que ser cauto y no dejarse sorprender.

El manuscrito contenía muchas páginas más, pero sin referir ningún crimen nuevo.

Los médicos alienistas, a los cuales se confió el estudio de esas confesiones, afirman que hay en el mundo muchos locos ignorados, tan precavidos y temibles como el monstruoso doctor.

